

“Yo conozco á los hombres, decía Napoleón, y digo que Jesucristo no es un hombre.”

Muchos hombres de elevado ingenio, de brillante posición, después de muchos años de indiferencia, de olvido y quizá de rebelión, han dicho antes de descender al sepulcro, estas palabras del Apóstol: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.*

En los tiempos presentes, uno de los sabios más ilustres, el príncipe de los fisiologistas, ocupada en investigaciones científicas su laboriosa vida, no tiene tiempo para pensar en Cristo: Claudio Bernard torna sus ojos, en su último momento, al Redentor de la humanidad, y muere en los brazos del Dios de su madre.

Pero en el mundo cristiano hay un grupo de escogidas inteligencias que forman lo que pudiéramos llamar la Iglesia docente.

Nadie se atrevería á sostener que no es una sociedad inteligente esa Iglesia que enseña.

Las obras de esos maestros y los nombres venerandos de esos Doctores, cuya alma fué visitada por la iluminación del genio, han entrado profundamente en la memoria de los siglos para que puedan ser olvidados.

San Ireneo, San Justino, Tertuliano, Orígenes,

San Atanasio, San Cirilo, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Basilio, San Gregorio, San León, San Hilario, San Juan Crisóstomo, San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Bossuet, Fénelon, Balmes, el P. Monsabré, el Cardenal González y tantos otros cuyos nombres guarda con caracteres de luz la historia de la Iglesia, son nobles inteligencias, al servicio siempre de la afirmación cristiana.

Esos hombres admirables, no se han limitado á proclamar que el fundador del cristianismo era un hombre, al mismo tiempo que era Dios.

Consagrados á la enseñanza de esa verdad, que es el punto central del cristianismo, la han estudiado en su fuente, en sus motivos, en su objeto.

“Hánse remontado al curso de los siglos, han interrogado á las Iglesias, han escudriñado los textos, han verificado las fechas, han confrontado los monumentos, han aquilatado los signos divinos, han discutido las pruebas, han entrado en los misterios del Hombre-Dios, no para sorprender el impenetrable secreto de su persona—dice el P. Monsabré—sino para alejar las falsas suposiciones que amenguan ó turban su maravillosa economía.”

Todos ellos han creído en la divinidad de Cristo; pero han creído después de que el estudio y la meditación han convencido á sus entendimientos y les han inspirado la convicción de que deben creer.

Para todos ellos ha sido una regla el pensamiento que Santo Tomás consignó en esta frase concisa como todas las suyas. *non crederet, nisi videret esse credendum.*

Y esa parte escogida de la Iglesia, esa parte en la que irradia la luz de la inteligencia, no ha obtenido la convicción más profunda en la divinidad de Cristo, por las fuerzas solas de su inteligencia.

Humildes, como lo son los sabios verdaderos, los Doctores católicos, han pedido en fervorosa plegaria al sol de la verdad, un suplemento de luces, y cuando las fuerzas de la naturaleza y de la gracia, se han fundido en sus almas, es cuando de su corazón convencido ha brotado con voz firme esta palabra: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Los demoleedores de ideas, los enemigos del Hombre Dios, jamás han pensado en pedir al cielo la luz para encontrar la verdad.

A las negaciones de estos hombres, que se fían únicamente en las fuerzas de su alma, deben pre-

ferirse, sin duda, las afirmaciones de los sabios que oran.

Orando, dan una prueba de la honradez con que obran.

La honradez es la segunda cualidad de la afirmación cristiana.

“La honradez, dice el P. Monsabré, es un conjunto de virtudes que se une á la inteligencia para dar mayor autoridad al testimonio, alejando de los espíritus la natural desconfianza que inspira una vida en la que la inmoralidad ha tomado asiento.”

“Es también la honradez, agrega el sabio dominico, esa lealtad particular y seductora que consiste en poner de acuerdo las costumbres y la creencia é imponer á la vida las consecuencias de lo que se afirma.”

Y en el mundo cristiano, no obstante las sombras y las manchas que suelen advertirse, como en toda obra humana, pero que la misma Iglesia cura y en su caso condena, la honradez, bajo sus dos aspectos, ha llegado hasta la perfección más sublime.

Los santos de la Iglesia, los hombres que han llevado la perfección de la virtud hasta su último

término, esos hombres que son en realidad la naturaleza humana transfigurada hasta el límite que se acerca á lo divino, han afirmado que el autor del mundo cristiano era un hombre y al mismo tiempo era un Dios.

La vida de esos hombres admirables, es la consecuencia práctica de su afirmación. No han sido como aquellos que predicán la libertad para asegurar mejor el despotismo; el desinterés, para acaparar en su provecho los honores y los empleos lucrativos; la legalidad, para burlarse del derecho; la ciencia para extinguir la llama de las augustas verdades de que viven los pueblos.

La afirmación honrada, hace descender los principios hasta las íntimas profundidades de la vida práctica.

Y esto han hecho los sabios del mundo cristiano.

Han sido humildes, pobres, castos, obedientes, generosos, sufridos, magnánimos, porque el hombre Dios dejó los esplendores del cielo para humillarse, porque se desprendió de las comodidades de la vida y nació pobre, porque bendijo siempre á los corazones puros, porque siempre obedeció la voluntad de su Padre, porque derramaba siempre

sobre las muchedumbres el tesoro de su misericordia, porque quiso pasar por el oprobio y por los dolores, porque perdonó á sus verdugos, porque vivió y murió para la gloria de su Padre y la salud de las almas.

Así es que, en el mundo cristiano, con las palabras y con las acciones, se afirma el dogma del Hombre Dios.

La inteligencia y la honradez son dos preciosas cualidades, como antes hemos dicho, indispensables para que una afirmación pueda ser respetada.

El hombre no va más lejos: el mundo cristiano avanza, sin embargo.

Su afirmación respecto al dogma del Hombre Dios, tiene otras dos cualidades: es generosa y es heroica.

El mundo cristiano ó los cristianos que viven en el mundo, convencidos de que poseen una verdad gloriosa para Dios y saludable para los hombres, sienten el deseo vivo de extenderla para contentar su amor.

El bien, ha dicho Santo Tomás, es por su naturaleza difusivo, y los hombres del mundo cristiano han difundido por todas partes la creencia de la divinidad de Cristo.

Los cristianos, ardiendo siempre en deseos de extender el reino de Cristo, se lanzan á predicarlo por todas partes, desafiando todos los peligros: los peligros del mar y de los ríos, los peligros de los ladrones y de los gentiles, como decía el Apóstol San Pablo.

Han desafiado los peligros de la familia, que muchas veces, fundida en lágrimas, quiere detener su vuelo: han desafiado el peligro en la ciudad, en donde tienen que ocultar su presencia, ocultarse como unos conspiradores para no caer en manos de una justicia ante la cual, el carácter de sacerdote ó de misionero, es uno de los más grandes crímenes, y han desafiado los peligros de los falsos hermanos, los peligros de la soledad.

Nada los ha detenido.

Y esto no es raro en el mundo cristiano. Año por año salen de los centros civilizados del cristianismo, esos hombres admirables que llamamos misioneros, que van á llevar á los países bárbaros la verdad y la luz.

No se detiene aquí el cristianismo: afirma el dogma del Hombre Dios, no solamente desafiando los peligros, sino también á la muerte con todos sus horrores. Más de once millones de mártires, ancian-

nos, mujeres, niños, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, no han vacilado jamás: han preferido la muerte á negar el dogma central del cristianismo.

En presencia de los tiranos han confesado hasta el último suspiro la divinidad del Hombre adorado, cuyo nombre llevan.

Soy cristiano—han dicho—es decir, Cristo es mi Dios.

Y cuando su voz moribunda no podía ya hacerse escuchar, por medio de sus llagas, por cada gota de sangre que corría de sus cuerpos despedazados, exclamaban: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

Una afirmación universal, perpetua, inteligente, honrada, generosa y heroica, es una afirmación que tiene que imponerse necesariamente á la inteligencia del hombre.

Si el dogma del Hombre Dios no fuese más que la falsa interpretación de un hecho abstracto, no habría indudablemente enraizado más y más cada día en la creencia del género humano y habría desaparecido al violento empuje de los huracanes que han soplado sobre él, durante diez y nueve siglos.

Jamás podría suponerse que los recursos de la ciencia en todos los siglos, sólo habrían servido para sostener una torpeza.

Hombres admirables por sus virtudes, jamás podrían haber hecho de una mentira el principio de sus virtudes.

Si la afirmación del Hombre Dios no fuera una verdad, el apostolado y el martirio no serían más que un crimen perpetuo, ó una perpetua locura.

Una afirmación con los caracteres que tiene la afirmación cristiana, es para un espíritu recto una prueba irresistible de la verdad de esa afirmación.

Este dilema se impone á la razón: ó lo que el mundo cristiano afirma de Cristo es verdadero, ó Dios nos engaña y se engaña al permitir, contra el interés de su gloria, la más triunfante de las sediciones.

Las generaciones todas, los siglos, los hombres más ilustres, los que ciñen la aureola luminosa de la santidad, los peregrinos que recorren el mundo como los pájaros del cielo predicando la buena nueva, los mártires con sus cuerpos desgarrados, todos enseñan con sus palabras y con sus obras: *Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios.*

La verdad del dogma del Hombre Dios, no puede, seriamente, discutirse.

EL EVANGELIO Y LA CRITICA.

El mundo cristiano afirma que su autor ha sido un hombre, que era al mismo tiempo un Dios.

Este hombre es Cristo. Cristo apareció en la plenitud de los tiempos, y su divinidad proclamada en el mundo cristiano está bien definida en el libro precioso que guarda la historia de su vida y de su muerte, de sus enseñanzas y sus prodigios.

Este libro es el Evangelio.

Su lectura proporciona las pruebas más evidentes de la divinidad de su persona augusta que, anunciada en el mundo antiguo, realizó en el nuevo la obra más prodigiosa que ha podido aparecer en el mundo.

Los enemigos del cristianismo, para deshacerse de esas pruebas que el Evangelio ministra, no han vacilado en atacarlo.

No es absolutamente preciso contar con el Evangelio, para establecer la divinidad de Cristo, co-